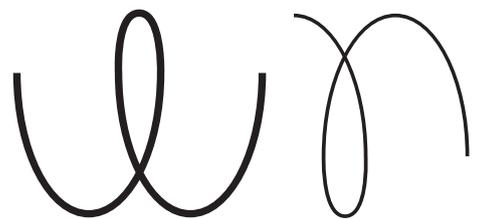


ESP

A stylized, handwritten signature in black ink, consisting of several loops and curves.

Nunca el hechizo / se rompe en las fragancias
Miguel Fernández¹

La mano se sostiene con una torsión de muñeca, apenas parece afirmarse en uno solo de los dedos. El eje vertical del antebrazo flota, más que apoyarse, en el vigoroso muslo. Las piernas tienen cada una su autonomía, como si batallaran para abrirse a un deseo estimulado por la lujuria del rostro y el rojo de las flores: la nariz potente se hunde en la leve fragancia de esas camelias. La cabeza cubierta por un gorro avisa que es el fin del invierno, cuando algunas camelias florecen. Solitaria en los asientos verdes del colectivo, vestida de negro como una viuda de pueblo, lleva la planta con alegría. Como si una lupa se hubiera detenido en algún detalle de la serie de los colectivos de Aída Carballo. La empatía con la vida popular, entre la certeza de la mirada y el humor que bordea el grotesco desde un exacerbado realismo, también presente en la pareja en el bar ensimismada en sus silencios, entre las piernas y los brazos cruzados de uno y otra, ajenos dentro del ambiente casi irreal. En 1976 la pintura de Marcia asume el color como parte estructural de su figuración, antes transitaba una paleta baja con dominio de los negros que perdura luego en las figuras marginales que se aman sin concesiones. El color es, acaso, la respuesta vital a la destrucción.

La naturaleza no se separa de la figura humana, tanto unidad del cosmos como idea de belleza. Los rostros angulosos, los ojos dulces y agresivos, los cuerpos firmes, los troncos rugosos o pulidos por la corriente, los cardos punzantes y floridos, los ríos sin orillas. La tierra y los cuerpos: amarillos, rojos, verdes, naranjas. *Amanecer en Paraguay*: el hombre acostado de espaldas, no podemos ver su rostro pero sí el pelo renegrido. El cuerpo desnudo es un vigoroso juego de curvas hasta los muslos. La luz se filtra entre las ranuras de los tablones de madera, se vislumbra el verde del paisaje, el celeste de cielo. Se adivina el cuerpo femenino que es paisaje. No ocupa el centro, desplazada hacia la izquierda la mujer desenreda con sus dedos el pelo negro. Mechones largos tapan una de sus tetas, la otra tiene los pezones oscuros como de tierra. Tallado el rostro, los labios violáceos entonan con el cielo del amanecer. El verde de la naturaleza colocado sobre el amarillo con pinceladas rápidas y extensas.

El hombre desnudo de espaldas en *Valparaíso* se duplica, cobrizo, con infernal mirada; también en otra *Amanecer*, el morocho de suburbio frente al

espejo admira sus dientes perfectos, prepara la sonrisa de barrio.

En el fondo del río habitan aun nuestros compañeros desaparecidos. Desde la fuerza de la pintura podemos escuchar sus voces, como otra ciudad sin silencios. La figura tiene los ojos y la boca inyectados de sangre, su caballera negra cae hacia el abismo. Es una de las *Furias*, personificación femenina de la venganza, diosas nacidas de la sangre derramada por la mutilación de Urano. Marcia conoce la imagen primitiva de la cólera. Una visión. En otra pintura, desde el mismo año, la cabellera es de sangre, y resalta sobre el cuerpo nocturno desnudo, de azul profundo. El cuello se extiende hace la luna llena, que ilumina el rostro (la cabeza inclinada, los ojos cerrados) como si de pronto cobrara consciencia de lo inmediato. Las manos dejan las huellas de la matanza. "Sólo desde el furor es posible alcanzar un programa estético; la pintura que surgida de la noche pueda tener una capacidad transformadora en la mañana. Sólo invocando a las fuerzas implacables del pasado, compañeras del bárbaro furor, puede llegar a lograrse una sociedad nueva. La virtud es distante de la felicidad."²

El fondo del retrato del joven militante es una bandera rojinegra de la Juventud Peronista del Movimiento Evita. Los ojos melancólicos de ojeras marcadas contrastan con la nariz delicada, y la prolíja barba recortada. La figura se resuelve en el cuello manierista, como un retrato de hombre joven del Parmigianino con atributos militantes. Los brazos se cortan abruptamente, sus manos son las revistas políticas expandidas fuera del bastidor. Marcia tiene la virtud de que al representar un objeto y un lugar –por ejemplo, las muñecas en el cochecito en un patio– para estimular la memoria sensitiva, traer a nuestro presente el recuerdo físico de vivencias comunes. Tal vez, deberíamos comprender los retratos de Marcia como autorretratos (no en el vano alcance del término) sino en la posibilidad de hallar en ellos su concepción del mundo. Más aún en aquellos resueltos sobre arpillera, figuras empoderadas de orgullo de clase, captadas *alla prima* como sujetos políticos. El retrato de la existencia ajena se integra al relato de su propia vida y logra que el espectador acepte el artificio.

1 Miguel Fernández. "Camelia de salón". *Las flores de Paracelso*. Granada: A. Ubago, 1979.

2 Roberto Amigo. "El filo del hacha". *El ojo. Marcia Schvartz*. Buenos Aires: Colección Fortabat, 2016.